

con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos : que todos los que leyeren estas mis Confesiones, hagan en vuestros altares conmemoracion de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser, y me introdujisteis á esta vida, sin saber yo cómo. Á todos, pues, les ruego, que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán tambien mis conciudadanos en la Jerusalem eterna, por la cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinacion en esta vida, hasta que vuelva á la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado á mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre mas abundantemente, que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

LIBRO X.

Muestra por qué grados fué subiendo al conocimiento de Dios; que se halla á Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que solo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos: despues describe el estado presente de su alma, y los males de las tres concupiscencias.

CAPÍTULO I.

Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.

1. Conózcaos yo, Padre mio, conózcaos yo como Vos me conoceis. Vos, Dios mio, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto á Vos, que la tengais, poseais y lleneis toda, y ella quede á vuestros ojos *sin arruga ni mancha*. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y con

fianza de hallaros; esta esperanza es la que me alegra, cuando es legitima y verdadera mi alegría. Todas las demás cosas de esta vida tanto menos deberian llorarse, cuanto mas se suele llorar el no tenerlas; y por otra parte tanto mas se debian llorar, cuanto menos se suele llorar el gozarlas. Esta es una confesion de la *verdad que Vos amais*: y como *el que sigue la verdad llega á conseguir la luz*; yo quiero seguirla y practicarla, ya sea en la confesion que os hago en lo oculto de mi corazon, ya sea en la que hago públicamente con mi pluma delante de todo el mundo.

CAPÍTULO II.

Siendo claras y manifestas respecto de Dios las cosas mas ocultas, qué viene á ser lo que hace el hombre en confesarse á Dios.

2. Aunque no quisiese yo confesarme, ni descubrirme á Vos, ¿qué cosa puede haber en mí que os sea oculta, Señor, á cuyos ojos están patentes y claros los mas profundos y escondidos senos de nuestra concien-

cia? En tal caso, en lugar de ocultarme á vuestra vista, os alejaria á Vos de la mia. Pero ahora que mis gemidos y llantos testifican que verdaderamente me desagrado á mí mismo, Vos, Señor, os dignais descubrirnos resplandeciente á mi alma; Vos sois toda mi complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y de mis deseos; para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje á mí, y os escoja solo á Vos, de modo que ya no piense tener gusto en Vos ni en mí, que no provenga de Vos.

Es ciertísimo, pues, que Vos, Señor, me conoceis claramente tal como soy; pero ya he dicho antes el provecho que espero sacar de confesarme á Vos. Así no lo ejecuto con palabras ni voces formadas en mi boca; sino con palabras interiores de mi alma, y clamores de mi pensamiento, que llegan á vuestros oídos. Si soy malo, no es otra cosa el confesarlo á Vos, que desagradarme de mí mismo; y si soy bueno, no es otra cosa el confesarlo á Vos, que no atribuirme á mí mismo esa bondad: *porque Vos sois el que dais vuestra bendición al justo*, haciendo Vos mismo que lo sea el que antes era pecador y

malo. Así, Dios mio, estas Confesiones que hago delante de Vos, las hago al mismo tiempo callando y no callando; porque si calla el ruido de la voz exterior, no calla mi corazon, ni cesa de clamar. Ni yo hablo ni comunico á los hombres alguna cosa buena, que Vos antes no la hayais oido de mí; ni tampoco pudiera ser que Vos la oyérais de mí, si Vos mismo no me la hubiérais dicho ó inspirado.

CAPÍTULO III.

Del fruto que sacaba de confesar á Dios el estado presente de su alma, á distincion de lo que antes habia sido.

3. ¿Qué me importa á mí que oigan ó no los hombres las Confesiones mias, como si ellos hubieran de sanar todas las dolencias de mi alma; siendo ellos tan cuidadosos para saber la vida ajena, como desidiosos para enmendar la suya? ¿Para qué desean oir de mí lo que soy, no queriendo escuchar de Vos lo que son ellos? Mas cuando me oigan hablar de mí mismo, ¿de dónde saben ellos

si yo les digo la verdad; siendo así que *ninguno de los hombres puede saber lo que pasa en lo interior de cada uno, sino el espíritu humano que está en el hombre mismo?* Pero si os oyeran hablar de ellos mismos, no pudieran decir nunca: el Señor nos engaña, ó esto es mentira.

Porque oir ellos lo que decís de ellos mismos, ¿qué otra cosa es sino conocerse á sí propios? Y ¿quién es el que habiendo llegado á este conocimiento, se atrevió á decir: es falso esto que conozco, sino mintiendo él mismo?

Mas como es propio de la caridad hacer que todos los que ella une de modo que tengan un solo corazon, se crean todas las cosas mutuamente unos á otros: yo, Señor, tambien os hago mi confesion, de tal modo que pueda llegar á noticia de los hombres, aunque no pueda hacerles demostracion de que os confieso realmente la verdad; porque estoy seguro que me creerán todos aquellos á quienes la caridad anima y les abre los oidos.

4. No obstante, Dios mio y médico soberano de mi alma, dignaos de declararme

qué fruto puedo sacar de hacer esto. Ya veo que las confesiones de mis males pasados, que Vos me perdonásteis, y los borrásteis para comunicarme vuestra bienaventuranza, dando á mi alma nuevo ser con la fe y gracia de vuestra santo Bautismo; cuando se leen, ó se oyen, han de excitar precisamente el corazon humano, para que no se deje oprimir del letargo de la desesperacion, ni diga: No puedo ya ser otro. Ellas servirán para despertarle de tan peligroso sueño, y hacerle vigilante en el amor de vuestra misericordia, y en la dulzura de vuestra gracia, que es la que da á los flacos el poder y robustez que necesitan, como tambien la luz que es necesaria para que reconozcan su flaqueza. Aun los buenos se deleitan con saber los males pasados, de los que ya se han librado ellos; pero no se deleitan porque son males, sino porque de tal modo lo fueron que ya no lo son.

¿Cuál, pues, será el provecho, Dios y Señor mio, á cuya presencia se confiesa todos los dias mi alma, quedando mas quieta y segura con la esperanza de vuestra misericordia, que con su inocencia; cuál, digo, será

el provecho que puedo prometerme de hacer ante Vos estas Confesiones por escrito, por lo que toca á dar noticia á los hombres de lo que soy al presente, no de lo que antes de ahora he sido? Porque ya he visto el fruto que corresponde á confesar lo que fuí, y ya hice antes conmemoracion de él.

Lo que soy ahora en este mismo tiempo en que estoy escribiendo mis Confesiones, hay muchos que lo desean saber, ya de los que me conocieron antes, ya tambien de los que no me conocieron, sino que á mí mismo ó á otros han oido hablar de mí; aunque ni los unos ni los otros pueden aplicar sus oidos á las voces interiores de mi corazon, donde se halla realmente la verdad de lo que soy. Quieren, pues, oirme confesar lo que soy verdaderamente en mi interior, á donde no pueden aplicar sus ojos, ni sus oidos, ni sus entendimientos; con todo eso ellos lo quieren, y están dispuestos á creerme; pero ¿acaso eso es bastante para que tengan un conocimiento cierto y seguro de lo que yo soy interiormente? La caridad que los hace tan buenos como ellos son, es la que les persuade que yo no miento en estas Confesio-

nes que hago de mí mismo, y ella es la que hace que dén crédito á mis palabras.

CAPÍTULO IV.

Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus Confesiones.

5. Pero ¿qué fruto esperan sacar de mis Confesiones estos que las desean? ¿será acaso que quieren alegrarse conmigo y darme parabienes, cuando sepan lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme á Vos; y orar por mí, cuando me oigan confesar cuanto me estorbe para eso mismo el peso de mi corrupcion? Á estos tales yo me descubriré desde luego: porque ya no es pequeño fruto, Dios y Señor mio, que muchos os dén gracias por los beneficios que me habeis hecho, y sean muchos tambien los que os supliquen y hagan oracion por mí.

Bueno es que mis hermanos amen en mí lo que Vos enseñais que debe ser amado; y bueno es que sientan ver en mí lo que Vos enseñais que debe ser sentido. Haga esto el que me ame como verdadero hermano suyo;

no aquel que por falta de caridad y fe me sea extraño, y permanezca en la clase de los que llama David *hijos ajenos*, cuya boca se emplea en doctrinas vanas, y cuya diestra lo es para la maldad. Haga esto, vuelvo á decir, el que me mire con fraternal afecto; porque este cuando me aprueba, se alegra de mi bien, y cuando me reprueba se entristece de mi mal; porque ya apruebe ó ya repruebe mi conducta, siempre me ama. Pues á estos quiero darme á conocer, para que respiren con alegría cuando sepan lo que hay en mí de bueno, y suspiren con tristeza por lo que hubiere de malo.

Cuanto hay en mí de bueno, de Vos, Señor dimaná, de Vos tuvo el principio, todo ello es don vuestro; pero cuanto hay de malo, ó son mis propios delitos, ó son penas que les corresponden por vuestros justos juicios. Pues respiren mis hermanos por aquellos bienes, y suspiren llorosos por estos males: tanto sus alegres himnos como sus tristes llantos suban hasta el trono de vuestra Majestad, como oloroso incienso que exhalan los corazones de mis hermanos, como otros tantos racionales incensarios llenos del fuego

de la caridad. Y Vos, Señor, aplacado con esa fragancia de vuestro santo templo, *habed piedad de mí, segun es propio de vuestra grande misericordia*, por la gloria de vuestro santo nombre; y no cesando jamás de conservar lo bueno que en mí habeis comenzado, perfeccionad tambien lo que todavía hubiere de imperfecto.

6. Este es, Señor, todo el fruto que pretendo sacar de estas mis Confesiones; no ya diciendo lo que he sido antes, sino lo que soy ahora. Lo confesaré no solamente en vuestra presencia con interior alegría mezclada de temor, y con oculta tristeza acompañada de esperanza; sino que tambien delante de todos los fieles hijos de los hombres, compañeros de mi gozo, participantes como yo de la humana y mortal naturaleza, conciudadanos míos de la celestial Jerusalem, á la cual se dirigen como peregrinos conmigo en la tierra, ya sean los que me precedan, ya los que me sigan, ya los que me acompañen durante el camino de mi vida. Estos son vuestros siervos, y por eso mis hermanos: Vos, Señor, quisísteis que fuesen vuestros hijos, y me habeis mandado que les sirva

como á mis señores ¹ si quiero vivir con Vos de vuestra misma vida.

Para que yo lo pudiese ejecutar, no me bastaria que vuestra palabra solo hablando me lo mandase, si además no me hubiera precedido ejecutando lo mismo que habia mandado. Pues tambien yo hago esto que me mandais con mis hechos y con mis dichos. Esto hago bajo la proteccion de vuestras alas, y es cierto que lo haria con grandísimo peligro, á no estar mi alma debajo de la proteccion de vuestras alas, y á no seros notoria mi flaqueza.

Es verdad que yo soy un parvulillo; pero mi padre vive siempre y es eterno, y en él tengo el tutor que necesito. El mismo que me dió el ser, es mi tutor; Vos, Señor, sois para mí todo esto, y todos mis bienes juntos: Vos sois el Todopoderoso, que estais siempre conmigo, aun antes que yo estuviese con Vos. Á aquellos, pues, á quienes me mandais que sirva en esto, me descubriré, y les manifestaré, no ya lo que he sido antes, sino lo que ya soy ², y lo que todavía soy: *sin embargo no me juzgo á mí mismo con el juicio mas exacto, cabal y perfecto;*

bajo cuyo concepto se ha de entender lo que les voy á decir.

NOTAS.

¹ Dice el santo Doctor, que Dios le ha mandado que sirva á sus hermanos, aludiendo á lo que su Majestad dijo por san Lucas (xxii, 26): *El que sea el mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que fuere presidente y prelado, hágase y pórtese como el siervo y ministro de todos.* Así san Agustin, aun siendo obispo, cumplia exactísimamente este precepto; y no mandaba, sino que servia á sus clérigos, á sus frailes, á todos sus inferiores y súbditos.

² *Lo que ya soy*, esto es, lo que ya he adelantado en la virtud; *y lo que todavía soy*, esto es, lo que todavía me falta para enmendar y perfeccionar. Esto mismo lo dice de otro modo al principio de este capítulo en aquellas palabras: *lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme á Vos; y... cuanto me estorbe el peso de mi corrupción.* Pero los traductores no han explicado bien el *quis jam sim*, *et quis adhuc sim* del texto.

CAPÍTULO V.

Que el hombre no se conoce á sí mismo cabal y perfectamente.

7. Vos solamente, Señor, sois el que puede hacer juicio cabal de lo que soy; pues aunque es cierto *que ninguno de los hombres puede llegar á saber lo que pasa en lo interior de otro hombre; sino el mismo espíritu que está en cada uno de ellos*; hay no obstante algunas cosas en el hombre, que aun el mismo espíritu que le anima no las sabe cabal y perfectamente. Solo Vos, Señor, que le habeis criado, conoceis todas sus cosas con ese cabal y perfectísimo conocimiento. Pero yo, aunque respecto de vuestra perspicacia me respete á mí mismo, y conozca que soy tierra y ceniza, algunas sé y puedo afirmar de Vos, que no las sé ni puedo afirmar de mí.

Es muy cierto que *ahora no os vemos sino confusamente como por un espejo y en enigmas, no habiendo llegado todavía á veros cara á cara.* Por eso mientras dura *mi peregrinacion en la tierra*, me veo mas de cerca á mí mis-

mo que no á Vos : y no obstante eso sé ciertamente de Vos, que de ningun modo podéis padecer violencia ni daño alguno; cuando de mí mismo ignoro enteramente á qué tentaciones sabré resistir, y á cuáles no sabré. Tengo esperanza de salir con victoria, fundándola en que Vos sois fiel en vuestras promesas, y no permitis que seamos tentados mas de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; antes bien haceis que saquemos provecho de la tentacion, para que al fin salgamos victoriosos. Confesaré, pues, lo que sé de mí, y confesaré tambien qué es lo que de mí no sé. Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habeis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo, hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia.

CAPÍTULO VI.

Qué cosa es la que se ama cuando se ama á Dios: y como por las criaturas se llega á conocer al Criador.

8. Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazon con vuestra palabra, y luego al punto os amé. Además de esto, tambien el cielo, la tierra y todas las criaturas que en ellos se contienen, por todas partes me están diciendo que os ame; y no cesan de decíselo á todos los hombres, de modo que no pueden tener excusa, si lo omiten.

Pero el mas alto y seguro principio de ese amor, es que Vos usais con ellos de vuestra misericordia, haciendo que os amen aquellos con quienes habeis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor, los que por misericordia vuestra teniais escogidos para que os amarán; sin lo cual serian tan inútiles las voces con que el cielo y la tierra se explican incesantemente en vuestras alabanzas, como si las dijeran á los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable á estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, ungüentos ó aromas; no la dulzura del maná, ó la miel, ni finalmente deleite alguno, que pertenezca al tacto ó á otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo, cuando amo á mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar, y un cierto deleite cuando amo á mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebatara el tiempo; se siente una fragancia, que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso, que por mas que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo, cuando amo á mi Dios.

9. Pero ¿qué viene á ser esto? Yo pre-

gunté á la tierra, y respondió: No soy yo eso; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y á los abismos, y á todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: No somos tu Dios; búscale mas arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos, y respondió todo él con los que le habitan: Anaxímenes¹ se engaña, porque no soy tu Dios. Pregunté al cielo, sol, luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije á todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habeis dicho que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. Y con una gran voz clamaron todas: *Él es el que nos ha hecho.*

Estas preguntas que digo yo que hacia á todas las criaturas, era solo mirarlas yo atentamente y contemplarlas; y las respuestas que digo me daban ellas, es solo presentarseme todas con la hermosura y órden que tienen en sí mismas.

Despues de esto, volviendo hácia mí la consideracion, me pregunté á mí mismo: Tú ¿qué eres? y me respondí: soy hombre.

Y bien claramente conozco, que soy un todo compuesto de dos partes, cuerpo y alma, una de las cuales es visible y exterior, y la otra invisible é interior. ¿Y de las dos es de las que debo valerme para buscar á mi Dios, despues de haberle buscado recorriendo todas las criaturas corporales que hay desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar por mensajeros los rayos visuales de mis ojos? No hay duda en que la parte interior es la mejor y mas principal: pues ella era á quien todos los sentidos corporales que habian ido por mensajeros, referian las respuestas que daban las criaturas, y la que como superior juzgaba de lo que habian respondido cielo y tierra, y todas las cosas que hay en ellos diciendo: Nosotras no somos Dios, pero somos obra suya. El hombre interior que hay en mí, es el que recibió esta respuesta, y conoció esta verdad, mediante el ministerio del hombre exterior. Es decir, que yo considerado segun la parte interior de que me compongo, yo mismo, en cuanto al alma, conocí estas cosas por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté por mi Dios á toda esta grande máquina del mundo, y

me respondió: *Yo no soy Dios, pero soy hechura suya.*

10. Esta hermosura y orden del universo ¿no se presenta igualmente á todos los que tienen cabales sus sentidos? Pues ¿cómo á todos no les responde eso mismo?

Todos los animales, desde los mas pequeños hasta los mayores, ven esta hermosa máquina del universo; pero no pueden hacerle aquellas preguntas, porque no tienen entendimiento, que como superior juzgue de las noticias y especies que traen los sentidos. Los hombres sí que pueden ejecutarlo, y por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir á conocer las perfecciones invisibles de Dios: aunque sucede, que llevados del amor de estas cosas visibles, se sujetan á ellas como esclavos; y así no pueden juzgar de las criaturas, pues para eso habian de ser superiores á ellas. Ni estas cosas visibles responden á los que solamente les preguntan; sino á los que al mismo tiempo que preguntan, saben juzgar de sus respuestas. Ni ellas mudan su voz, esto es, su natural hermosura, ni respecto de uno que no hace mas que verlas, ni respecto de otro, que además de esto

se detiene á preguntarles : no es que á aquel parezcan de un modo y á este de otro, sino que presentándose á entrambos con igual hermosura, hablan con el uno, y son mudas para con el otro; ó por mejor decir, á entrambos y á todos hablan; pero solamente las entienden los que saben cotejar aquella voz que perciben por los sentidos exteriores, con la verdad que reside en su interior.

Esta verdad es la que me dice : No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que tiene cuerpo. La misma naturaleza de las cosas corporales, á cualquiera que tenga ojos para verlas, le está diciendo : Esto es una cantidad abultada; y esta precisamente es menor en la parte que en el todo. De aquí se infiere, que tú, alma mía, eres mejor que todo lo corpóreo, porque tú animas esa abultada cantidad de tu cuerpo, y le das la vida que goza; lo que cuerpo ninguno puede hacer con otro cuerpo. Pero tu Dios está tan léjos de ser corpóreo, que aun respecto de tí, que eres vida del cuerpo, es Dios tu vida.

NOTA.

¹ Anaxímenes se engaña. Este filósofo, que florecia durante el cautiverio de los israelitas en Babilonia, enseñaba que el aire era infinito, y que era el principio y causa de todas las cosas, aun de los mismos dioses. Fue discípulo de Anaximandro y maestro de Diógenes y de Anaxágoras, como dice el mismo Santo en el libro 8 de *Civitate Dei*, cap. 2.

CAPÍTULO VII.

Que ninguno puede hallar á Dios por medio de los sentidos corporales ni de las potencias puramente sensitivas.

11. Pues ¿qué es lo que yo amo, cuando amo á mi Dios? ¿Qué ser tiene aquel que es superior á lo que hay mas alto y superior en mi alma? Es menester que ella me sirva como de escala para subir hasta él. Pasaré, pues, mas arriba de aquella facultad que ejerce mi alma en el cuerpo, comunicando la vida á todas las partes de que se compone: pues con sola esta facultad ó potencia de mi alma no puedo hallar á mi Dios;

porque de lo contrario se siguiera, que tambien le hallarian *el caballo y el mulo que no tienen entendimiento*, pues tambien ellos tienen esa facultad que da vida á sus cuerpos.

Hay además en mi alma otra virtud y facultad superior á esta, la cual no solamente hace que viva el cuerpo, sino tambien que sea sensitivo. El mismo Señor que crió á mi alma con esta facultad, mandó y dispuso que no oyera por los ojos, ni viera por los oídos; sino que se sirviera de aquellos para ver, y de estotros para oír: y así respectivamente de los demás sentidos, á los cuales señaló sus propios y peculiares órganos para los diversos oficios que mi alma siendo única, ejecuta por diferentes sentidos.

Pues tambien debo pasar mas arriba de esta facultad de mi alma que me da la vida sensitiva, porque esta es comun al caballo y demás brutos, que igualmente sienten por medio de los órganos y sentidos de su cuerpo.

CAPÍTULO VIII.

De la admirable virtud y facultad de la memoria.

12. Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Criador, y pasando mas arriba de lo sensitivo, vengo á dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdiccion de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido.

Cuando mi alma se ha de servir de esta potencia, pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar : algunas se le presentan inmediatamente ; pero otras hay que buscarlas mas despacio , como si fuese menester sacarlas de unos senos mas retirados y ocultos. Otras suelen salir amontonadas y de tropel ; y aunque no sean aquellas las especies que entonces se pedian y buscaban , ellas se ponen delante como diciendo : ¿ por ventura somos nosotras las que buscáis ? Yo las aparto de la vista y aspecto de mi memoria con la mano y entendimiento , hasta que se descubra lo que busco , y acabe de dejarse ver , saliendo de aquellos senos donde estaba escondido. Tambien hay otras que se presentan fácilmente , y con el mismo orden con que se las va llamando ; entonces las primeras ceden su lugar á las que siguen , y cediéndole vuelven á guardarse. Todo esto sucede verdaderamente cuando digo alguna cosa de memoria.

13. Allí están guardadas con orden y distincion todas las cosas , y segun el órgano ó conducto por donde ha entrado cada una de ellas ; como por ejemplo , la luz y todos

los colores , la figura y hermosura de los cuerpos , por los ojos ; todos los géneros y especies que hay de sonidos y voces , por los oídos ; todos los olores , por el órgano del olfato ; todos los sabores , por el gusto ; y finalmente , por el sentido del tacto que se extiende generalmente por todo el cuerpo , todas las especies de que es duro ó blando , caliente ó frio , suave ó áspero , pesado ó ligero , ya sean estas cosas exteriores , ya interiores al cuerpo. Este capacísimo retrete de la memoria recibe , en no sé qué secretos é inexplicables senos que tiene , todas estas cosas , que por las diferentes puertas de los sentidos entran en la memoria , y en ella se depositan y guardan , de modo que puedan volver á descubrirse y presentarse cuando fuere necesario.

Pero no entran allí estas mismas cosas materiales ; sino que unas imágenes que representan esas mismas cosas sensibles , son las que se ofrecen y presentan al pensamiento , cuando sucede que uno se acuerda de ellas. Mas ¿ quién sabe ni podrá decir cómo fueron formadas estas especies ó imágenes , no obstante que claramente consta , por

qué sentidos fueron atraídas y guardadas allí dentro?

Porque aun cuando estoy á oscuras y en silencio, si yo quiero, saco en mi memoria varios colores, y hago distincion entre lo blanco y lo negro, y entre los demás colores que quiero; y los ruidos ó sonidos no se presentan entonces, ni perturban lo que estoy considerando, y que ha entrado por los ojos; siendo así que tambien los sonidos están allí, aunque puestos como separadamente y escondidos. Porque tambien si me agrada, pido que salgan ellos, y al instante se me presentan: y entonces sin mover la lengua, y callando la garganta, canto en mi interior todo lo que quiero; y no obstante que están allí tambien las dichas imágenes de los colores, no se mezclan con estotras, ni sirven de estorbo, cuando se está disfrutando aquel otro depósito de imágenes que entraron por los oidos.

Del mismo modo recuerdo á mis solas, cuando quiero, todas las demás cosas, cuyas imágenes entraron á juntarse en la memoria por los otros sentidos; y sin oler cosa alguna, discierno entre el olor de los lirios y de

las violetas; y sin valerme del gusto ni del tacto, sino solamente repasando las especies que enviaron á mi memoria estos sentidos, prefiero la dulzura de la miel á la del arrope, y lo que es suave á lo que es áspero.

14. Todo esto lo ejecuto dentro del gran salon de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar, y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí tambien me encuentro yo á mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar lo hice, y en qué disposicion y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallán finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creido por relacion ajena. Á todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras que formo sobre las cosas que he experimentado, ó que fundado sobre estas he creido por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre sí y esas otras. Además de esto se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras,

los sucesos venideros, y las esperanzas: todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de aquel capacísimos seno de mi alma, lleno de tantas imágenes de tan diversas cosas. Y suelo decirme á mi mismo: *Yo he de hacer esto ó aquello: y de aquí se seguirá esto ó lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal ó tal cosa! ¡No quiera Dios que esto ó aquello suceda!* Todo esto lo digo en mi interior; y cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria, y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir, si aquellas imágenes no se me presentaran.

15. Grande es, Dios mio, esta virtud y facultad de la memoria: grandísima es, y de una extensión y capacidad que no se le halla fin. ¿Quién ha llegado al término de su profundidad? Pues ella es una facultad y potencia de mi alma, y pertenece á mi naturaleza; y no obstante yo mismo no acabo de entender todo lo que soy. Pues qué, ¿el alma no tiene bastante capacidad para que quepa en ella todo su propio ser? ¿Y dónde ha de quedarse aquello que de su ser no cabe dentro de ella misma? ¿Acaso ha de estar fuera

de ella, y no en ella misma? Pues ¿cómo puede ser verdad que no se entienda ni comprenda toda á sí misma?

Esto me causa grande admiración, y me tiene atónito y pasmado. Los hombres por lo comun se admiran de ver la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los rios, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros; y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar en sí mismos. No admiran ellos, que cuando yo nombraba estas cosas que acabo de decir, no las estaba viendo con mis ojos; y no obstante era preciso, para nombrarlas, que interiormente viese en mi memoria los montes, las olas, los rios y los astros que son cosas que he visto, y el océano de que otros me han informado; y que se me presentasen con tan grandes espacios y extensión como tienen en sí mismos, y como si los estuviera viendo con mis ojos. Tampoco cuando ví estas cosas se me introdujeron por los ojos ellas mismas; ni son ellas las que están dentro de mí en el depósito de mi memoria, sino solamente unas imágenes suyas: tambien sé y conozco clara y distintamente por cuál de los

sentidos de mi cuerpo ha entrado cada una de ellas, y la impresion que han hecho en mi memoria.

CAPÍTULO IX.

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias.

16. Pero no son solas estas las cosas que se encierran en la inmensa capacidad de mi memoria; pues tambien están allí como apartadas en un lugar mas profundo (aunque propiamente no es lugar), todas las cosas que he aprendido de las artes liberales, si no se han olvidado; y conservo allí guardadas, no las imágenes de estas cosas ¹, sino las cosas mismas. Porque lo que sé de la gramática, de la lógica y de la retórica, no está de tal modo en mi memoria, que dentro de ella estén las imágenes de las ciencias, y estas se quedasen fuera. Porque esto no es una cosa que sonó y pasó, como la voz que sonó en los oídos, y pasó dejando un rastro ó señal de sí, que nos acordamos de ella como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor, que segun va pasando y esparciéndose por el aire,

mueve al olfato, desde donde envia á la memoria una imágen suya, la cual tenemos presente cuando nos acordamos del olor; ni tampoco como el manjar, que estando en el estómago verdaderamente no tiene ya sabor, pero parece lo tiene en la memoria; ni como lo que se siente por medio del tacto, lo cual aunque esté distante, queda en la memoria su imágen, que nos lo representa. Todas estas cosas no entran en la memoria, segun el ser que tienen en sí mismas; sino solamente como unas imágenes suyas, que con maravillosa facilidad y presteza se forman, y se depositan en aquellos senos como á celdillas admirables que tiene la memoria, de donde tambien maravillosamente vuelven á salir cuando uno las recuerda.

NOTA.

¹ Aunque el santo Doctor conoció y adoptó las especies que se llaman *intencionales* de las cosas corpóreas, y las admitió en los sentidos externos é internos; no admitió especies inteligibles de las ciencias y artes, y otras cosas espirituales que, en sentencia del Santo, están impresas en nuestra alma, y como congénitas con ella.